

## Inauguración Oficial del Memorial

---

### Don Ernesto en Salamanca: Los años difíciles.

M. MARTÍN ESTEBAN

Han pasado 18 años desde la celebración del Primer Memorial Guillermo Arce y 10 años desde que se transformó en el Memorial Guillermo Arce-Ernesto Sánchez Villares, para honrar a estos dos insignes maestros de la Pediatría española. A lo largo de estas sesiones anuales conmemorativas, oradores del más alto rango humanístico y científico han presentado este Memorial, glosando sus personalidades irrepetibles.

Con estos antecedentes, es un alto honor para mí haber sido invitado por el Comité Organizador del Memorial para presentar esta sesión inaugural. Pero, al mismo tiempo, también es una enorme responsabilidad que sólo me atrevo a asumir por dos motivos: el primero, como una demostración de mi admiración, respeto y cariño hacia don Ernesto; el segundo, porque este acto se desarrolla precisamente en mi querida Salamanca, la ciudad que me vio nacer y crecer, donde estudié Medicina y Pediatría y donde precisamente tuve la inmensa suerte de encontrar a este maestro excepcional que supo sembrar en aquel joven estudiante, con ciertas veleidades farmacológicas y cardiológicas, un entusiasmo por la Pediatría y, sobre todo, una forma de hacer que he procurado mantener a lo largo de toda mi vida profesional.

Mi recuerdo de don Guillermo Arce ha de ser obligadamente breve. No tuve la suerte de conocer personalmente a esta insigne figura de la Pediatría española de postguerra: todos mis datos son indirectos. Aparte de los numerosos escritos publicados sobre su vida y su obra, muchos de ellos recogidos en las páginas del Boletín de Pediatría, mis vivencias

proceden fundamentalmente de frecuentes conversaciones con dos de sus discípulos más directos. Conversaciones desarrolladas en situaciones completamente diferentes: las primeras, con el propio don Ernesto en nuestro ambiente salmantino de los Servicios de Pediatría del entonces Hospital Provincial. Las segundas, algunos años después y en muy diversas ocasiones, con otro de los discípulos preferidos de don Guillermo, Carlos Vázquez, inolvidable amigo y compañero en el ambiente madrileño del Hospital Infantil La Paz. Puedo asegurar que jamás he visto a dos personas, en tiempos y circunstancias tan distintos, hablar con el mismo entusiasmo de su maestro y amigo.

De don Ernesto se puede decir mucho y bien, y mucho y bien se ha dicho y escrito en nuestro Boletín de Pediatría y fuera de él. Por ello, voy a limitarme a glosar una época muy concreta, relativamente breve, poco más de cuatro años, en que permanecí a su lado en los Servicios clínicos de la Cátedra de Pediatría de Salamanca. Su comienzo y final tienen fechas muy concretas, tanto que, después de transcurridos más de 40 años, no he podido olvidarlas: su comienzo fue el 20 de diciembre de 1959, como estudiante de Medicina, cuando, orgullosamente, tomé posesión de mi flamante plaza de alumno interno de Clínicas, adscrito a Pediatría. Su final, el 6 de junio de 1964, fecha de la lectura de mi tesis doctoral.

¿Por qué elegí Pediatría, Servicio con un catedrático ausente que nunca llegaría a incorporarse, teniendo a mi disposición todas las vacantes existentes, algunas en cáte-

dras de reconocido prestigio? Habría diversos motivos que serían largos de explicar y no hacen al caso, pero los dos meses previos, asistiendo a la clase diaria de Pediatría de don Ernesto, sólo un sencillo profesor adjunto, con su claridad de expresión, su incursión en los detalles más profundos y últimos, haciendo fácil lo aparentemente complicado, y, sobre todo, su dedicación, me marcaron definitivamente. Estoy seguro de que, si esa situación volviera a presentarse, no dudaría en repetir mi elección.

Pero, si ese tiempo fue breve, también es cierto que fue difícil e intenso. Me atrevería a decir que, posiblemente, fueron los años más difíciles y clave en la trayectoria profesional y docente de don Ernesto. Efectivamente, don Guillermo Arce continuaba como catedrático de Pediatría de Salamanca, pero, debido a su enfermedad, su ausencia era total. Ante esta situación, don Ernesto tuvo que asumir su representación a todos los niveles, docente, investigador, claustral, aunque seguía siendo sólo profesor adjunto. Incluso en los diversos informes o certificados que debía expedir, siempre figuraba la frase "... de la que es titular el Prof. G. Arce, eventualmente ausente", eventualidad y ausencia que nunca acabaron hasta la jubilación de don Guillermo (1964), pocos años antes de su fallecimiento. Sin embargo, los que le rodeábamos podíamos observar con satisfacción la alta consideración que le otorgaban todos los estamentos universitarios de Salamanca y, muy particularmente, los profesores de su Facultad de Medicina.

Como era previsible, esta situación de provisionalidad de don Ernesto también repercutió en su carrera profesional. Estábamos en una época de durísima competición para el acceso a alguna de las diez cátedras de Pediatría que entonces existían en la Universidad española. Eran muy pocas las vacantes que se producían. Por supuesto, faltaban algunos decenios para que apareciera el fenómeno de la "habilitación". Si se producía alguna vacante, los tribunales de oposiciones a cátedra estaban copados por profesores, muchos divididos en banderías opuestas, que fundamentalmente se limitaban a colocar a sus colaboradores o amigos; entre estos catedráticos nunca podría estar, por desgracia, don Guillermo. Sin embargo, esa lucha en solitario, incluso como "enfant terrible" de la Pediatría del momento, jamás llegó a mermar la vocación universitaria de don Ernesto. Es más, actuó como un acicate continuado, lo que, por fortuna, fue fundamental para la formación de sus colaboradores y para la creación de su escuela.

Por ello, a pesar de las dificultades de la situación, pudimos disfrutar durante esos años de una Cátedra y un Servicio clínico de Pediatría pujante y entusiasta. Cuando inicié mi andadura en Pediatría era muy poco lo que teníamos, pero ¡como se aprovechaba! El Servicio de Pediatría del entonces Hospital Provincial y Clínico disponía de una unidad de 30 camas y cunas y una o dos habitaciones en el pabellón de infecciosos anejo. Allí encontré, rodeando a don Ernesto, veteranos como Federico de los Ríos, clínico meticoloso, Delfín Pérez-Sandoval, investigador inquieto, responsable del pequeño laboratorio del Servicio, o José García Foulquí, mezcla de anestesista, reanimador e intensivista con gran precariedad de medios, pero fundamental a la hora de llevar a cabo la rehidratación de un lactante con gastroenteritis, proceso tan frecuente por entonces. Junto a ellos, pediatras formados que iban a empezaban su andadura profesional en otras tierras, como Manuel Hernández hacia Vizcaya, Domingo García Pérez y Pedro Cuadrado a tierras cordobesas y otros más. También un grupo de entusiastas recién licenciados o a punto de serlo, como Juan José y Jesús Sánchez Martín, Mariano Práxedes, Ana María Dorrego, Margarita Tabernero y algunos otros que tampoco tardaron en dispersarse por diversos puntos de la geografía española, llevando la huella de esta auténtica escuela de Pediatría, escuela que, para serlo, no tenía necesidad de un reconocimiento oficial; la Escuela Profesional de Pediatría de la Universidad de Salamanca aparecería, como una consecuencia lógica, algunos años después. Otros permanecieron al lado del Maestro, como Ricardo Escribano y Pablo González. En años sucesivos se adhirieron otros futuros pediatras, como Ana María de Carlos, Jorge Suescum, Francisco Plaza y, especialmente, Manuel Crespo, entrañable amigo, con quien compartí muy estrechamente estos años iniciales de formación pediátrica junto a don Ernesto. Para todos era una situación precaria, de asistentes voluntarios, sin un futuro claro, por lo menos en el ámbito cercano. Aún no se había iniciado el sistema hospitalario de la Seguridad Social y la posibilidad de ejercicio de una Pediatría hospitalaria era remota. Para mí, sólo tenía la seguridad de una formación pediátrica sólida, al lado de un Maestro, con un enorme poder de enganche, transmitida a sus jóvenes colaboradores y recibida por un alumno interno con muchas ganas de aprender y al que no le importaba si eso podría solucionar su futuro profesional.

También en esos años ocurrieron algunos hechos claves para la Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria y Castilla y León que, sin duda, todos los lectores veteranos conocen, recordados periódicamente en distintas efemérides y, más recientemente, con motivo del 50 aniversario de su fundación. El primero fue la incorporación de este grupo de pediatras salmantinos, capitaneados por don Ernesto, a la entonces llamada Sociedad Castellano-Leonesa de Pediatría. Esta incorporación supuso, más por don Ernesto que por los que le acompañábamos, una inyección de vitalidad, con el comienzo de sus sesiones científicas que han sido modelo para otras sociedades regionales. El segundo, consecuencia del primero, fue el nacimiento del llamado actualmente Boletín de Pediatría, también fruto de la inquietud científica y docente de don Ernesto. Comentar las vicisitudes y dificultades para su puesta en marcha y mantenimiento inicial sería interminable. Todo giraba alrededor de don Ernesto y allí nos veíamos sus colaboradores actuando como revisores de estilo, correctores de pruebas, organizadores de su distribución o cualquier otra función que se considerara necesaria.

Para los que comenzábamos el camino de la Pediatría esos fueron nuestros principales bancos de prueba para futuras actuaciones científicas: las reuniones periódicas de la Sociedad con la presentación y discusión de nuestros trabajos de investigación o casos clínicos y, como consecuencia, la preparación de publicaciones para el Boletín. En estas situaciones, el estímulo y dirección permanentes del Maestro fueron fundamentales. Personalmente, tuve ocasión de sentir este estímulo en muy diversas ocasiones, pero tal vez de forma más evidente cuando me envió en 1962 a Bélgica, mediante una beca concedida por esta Sociedad, para continuar mi formación, aprendiendo de otras fuentes, e iniciar un proyecto de investigación que, más tarde, derivaría en mi tesis doctoral. Pero en esta relación, siempre exigente, no sólo había estímulo y dirección, también había mucha generosidad, como cuando nos incorporaba a publicaciones de casos clínicos que, en realidad, era él solo quien había diagnosticado, enjuiciado, escrito y corregido. Baste como ejemplo la publicación del primer caso en España de un paciente con síndrome de Wiskott-Aldrich (Bol Soc Cast-Ast-Leon Ped, 1963), que, junto con él, tuvimos el honor de firmar Ana María de Carlos y yo mismo. Si cito esta publi-

cación, se debe a que, por diversas circunstancias y anécdotas, su conocimiento me permitió también diagnosticar, algunos años más tarde en una sesión ciega, esta vez en el Hospital Infantil La Paz, el segundo caso publicado en España, y trabar conocimiento con el ambiente en el que permanecería durante el resto de mi vida profesional.

En esa situación, difícil, precaria, pero repleta de entusiasmo, hubo también muchos momentos de satisfacción por la consecución de objetivos que podían parecer imposibles en aquella época, como la publicación del primer número del Boletín, o la obtención, en una sola convocatoria y para la Clínica Universitaria de Pediatría de Salamanca, nada menos que tres de becas de ayuda a la investigación para jóvenes graduados de aquella especie de embrión de FIS que era el Fondo de Igualdad de Oportunidades del Patronato de Protección Escolar. Pero un día de máxima satisfacción, al menos para los directamente implicados y, me atrevo a decir que muy probablemente también para don Ernesto, fue el 6 de junio de 1964, cuando Manuel Crespo y el que esto escribe, defendimos en la misma sesión nuestras respectivas tesis doctorales: eran las primeras tesis dirigidas por don Ernesto que se realizaban íntegramente en esta Cátedra de Pediatría de Salamanca.

En esa fecha, como refería al principio, termine mi andadura pediátrica en Salamanca y junto a don Ernesto. Diversas circunstancias me llevaron, como a tantos otros, a proyectar mi vida profesional en otras latitudes, y en esos momentos decisivos siempre tuve su ayuda y consejo. Pude ver, con satisfacción y legítimo orgullo, como, pocos meses después, don Ernesto, tras la forzosa jubilación de Arce, quedaba encargado de la Cátedra de Pediatría de Salamanca, creaba la Escuela Profesional de Pediatría de la Universidad de Salamanca y, enseguida, ganaba brillantemente la Cátedra de Pediatría de Santiago de Compostela. Así terminaba una época difícil, pero apasionante. Lo que siguió después, muchos otros lo conocen mejor que yo y pueden contarlo con mayor autoridad.

### Agradecimientos

*A los profesores Manuel Crespo y Alfredo Blanco que me han proporcionado abundante documentación para la realización de este escrito.*